

□ ANTONI GUTIÉRREZ DÍAZ  
Eurodiputado de IU-IC

## Alfonso Comín: vigencia de una trayectoria

Cristiano y comunista, el pensador recogía dos herencias, como los brazos de su propia cruz, pero no para hacer victimismo, o intimismo personal.

Pasado mañana, lunes 23 de julio, se cumplen diez años de la muerte de **Alfonso Comín**. Diez años llenos de acontecimientos que, en su conjunto, han cambiado la situación mundial, abriendo perspectivas insospechadas hasta el punto que se puede afirmar sin exageración que hemos entrado en una nueva era.

Algunos de estos acontecimientos —y quizás los más significativos— van ligados a la crisis de los países del socialismo real, que tan a menudo estuvieron en la reflexión crítica de **Alfonso Comín**.

Una década después de su irreparable pérdida, es preciso señalar el meritorio trabajo hecho por la Fundación que lleva su nombre —edición de sus obras, encuentros, premios—, que ha mantenido con dignidad una línea de presencia de su pensamiento e, incluso, a la hora de elegir los premiados de cada año, los responsables han intentado interpretar, sin duda, cuál hubiera sido su voto. Nombres como el de **Miguel d'Escoto** (que recogió el premio al pueblo nicaragüense), el del alcalde de **Nablus** (el del pueblo de Palestina), **Nelson Mandela**, el padre **Llanos** o **Ignacio Ellacuría** figurarían sin duda en el santoral de las pasiones de **Alfonso Comín**.

Es justo que los que conocimos su trayectoria y valoramos la importancia de su renovada permanencia reconozcamos este hecho. Sin embargo, es preciso, también, que en el contexto de la nueva situación creada por los esperanzadores acontecimientos vividos en la segunda mitad de esta década, reclamemos la atención de las generaciones más jóvenes sobre la vigencia de los valores fundamentales que inspiraron la vida y la obra de **Alfonso Comín**.

*La passió com a virtut.* Así titulé un escrito publicado en *Taula de canvi*, al referirme a él como militante del PSUC, poco después de su muerte. Ciertamente, la actividad incansa-



ble de **Alfonso** estaba siempre impregnada de pasión. Nada permanecía indiferente, neutral o ambiguo después de atravesar su personalidad. Nada escapaba a la fuerza de su racionalidad tan crítica como abierta, tan asentada sobre unas concepciones firmes y unos principios insobornables como reñida con cualquier limitación dogmática.

Entre su obra, amplia y valiosa, me viene hoy a la memoria especialmente la titulada *Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia*. Cuando fue escrita, **Alfonso** era ya un contestatario exigente en el seno de la Iglesia, y un comunista renovador en el partido. Entiéndase bien: era un cristiano (“yo no he venido a traer la paz”) y era un comunista (“la herencia de los errores y las degradacio-

nes nos hace más responsables ante la renovación”). Cristiano y comunista, cruce de historias con pretensión de globalidad solidaria pero también de acumulación de miserias y degradaciones, de alienaciones burocráticas y de crímenes injustificables, personificados en muchos que pretendieron representarlas

Cristiano y comunista, agresivo y consciente, recogía dos herencias, como los dos brazos de su propia cruz, pero no para hacer victimismo, o intimismo personal, ni sólo para rebelarse, con todo lo de valiente rebelión que hubo en la vida de **Alfonso Comín**, sino, principalmente, desde el vigor de sus convicciones fundamentales, para recuperar los valores profundos de justicia y solidaridad —que hoy se quieren esconder detrás de

las ruinas— y hacerlos norma de vida en el presente e instrumento de construcción del futuro, en una tarea que era a la vez de renovación y revaluación. “Venimos de lejos y vamos más lejos todavía. No nos debe asustar la maleza del camino.” Dos principios que podríamos reconocer a lo largo de toda su trayectoria, en la que la contestación no fue nunca destrucción y la asunción de los valores del pasado no fue nunca conservadurismo.

**Alfonso Comín**, renovador antes de la “renovación”, transparente antes de la “transparencia”, con su acción personal, con su militancia en el Partit Socialista Unificat de Catalunya y en el Partido Comunista de España entendida como un hecho colectivo, realizó en la praxis su pensamiento creativo y pluralista, rompiendo el ateísmo del partido en favor de un laicismo de fondo; llevando la irreverencia a sus límites al desmentir las concepciones de **Lenin** sobre la militancia de los cristianos en los partidos comunistas; pasando de la “generosa permisividad” al protagonismo total, del monolitismo ideológico al pluralismo real y estimulante.

En los momentos actuales, de tantas crisis personales y colectivas, de tantas vergüenzas inconfesadas, de tantos transfuguismos justificativos, conforta recordar la trayectoria de **Alfonso Comín**, leer su obra, revivir sus actitudes. Yo mismo he escrito que nadie puede hoy, ante los grandes acontecimientos que vivimos, atribuirle ninguna opinión determinada. Una personalidad tan rica no puede ser utilizada por nadie con hipótesis instrumentales. Pero también afirmó que una honesta reflexión sobre la personalidad, la trayectoria y la obra de **Alfonso Comín** es un ejercicio útil y reconfortante en tiempos difíciles, más allá del recuerdo, el homenaje y el sentimiento que en justicia hay que hacer públicos diez años después de su muerte.